Núm. 120.

SAYNETE NUEVO

INTITULADO:

LOS DOS LIBRITOS.

PARA NUEVE PERSONAS.

Un Oficial.	*Doña Laura.*
Un Abate.	*Doña Petra.*
Un Abogado.	*Doña Beatriz.*
Un Mayorazgo.	*Don Patricio. Un Page.*

Vista de casa particular, adornada de mesa y sillas. Sale el Page, y pone dos luces.

Pag. ALabado sea el Señor
en los cielos y en la tierra.
Dent. Abat. ¿Se puede entrar?
Pag. Adelante.
Sale Abat. Chico, ¿están en casa estas
señoras?
Pag. Pues no han de estar,
¿si sabe usted que le esperan?
Abat. ¿A mí solo?
Pag. Y á otros muchos
que han de venir.
Abat. No me suena
bien ese muchos.
Pag. ¿Por qué?
Abat. Porque en la casa donde entra
un Abate, con él basta
en todo quanto se ofrezca.
Pag. Y siendo dos las señoras,
aunque otra alguna no venga,
usted solo, ¿cómo es fácil
que á las dos entretuviera?
Abat. ¿Dos? ¿Que nunca has visto uno
de nosotros entre treinta
señoras, hablar á un tiempo
á cada una en su lengua
de diversos caracteres,
y de distintas maneras,
con ingenio tan feliz,
y tan rápida eloqüencia,
que á todas treinta les hace
estar con la boca abierta,
desde que anochece un dia,
hasta que el otro amanezca?
Pag. Yo nunca he visto tal cosa,
ni es posible que suceda.
Abat. Hijo, poco has visto: dí
que te pongan á la escuela.
Sale el Ofic. A Dios, señores: ¡qué frio
está esto! ¿á qué hora empieza
la tertulia?
Pag Ya ha empezado,
que el señor Abate es de ella.

Ofic. Cierto que el señor y yo
haremos una pareja
divertida.
Pag. Avisaré
á mis amas. *vase.*
Ofic. Seis y media: *mirando el relox.*
á las ocho volveré.
Abat. Mientras usted vaya y vuelva,
se va el tiempo.
Ofic. Aunque se vaya,
tambien, amigo, en noventa
minutos se puede hacer
bastante, si se aprovechan,
y yo jamás desperdicio
ni un segundo, como pueda.
Abat. Lo mismo hago yo: diez tomos
de á folio llevo ya en esta
semana leidos.
Ofic. Yo,
sin cansarme la cabeza
tanto, he leido los veinte
ojos á diez petimetras.
Abat. Tiempo perdido.
Ofic. Si el caso
se apura, tanto se acuerda
usted de lo que ha leido,
como yo me acuerdo de ellas.
No hay que alterarnos, amigo,
que el pueblo ha dado en la tema,
de que no entran dos mayores
contrabandos por sus puertas,
que el amor de los soldados,
y en los Abates las letras.
Abat. Yo desmentiré::-
Ofic. Ninguno
desmintió las experiencias.
Salen Doña Petra y Doña Beatriz.
Pet. Señores, muy bien venidos.
Beat. ¿Por qué ustedes no se sientan?
¿qué hacen en pie?
Abat. Porque se iba
el señor, que está de priesa.
Ofic. No estoy sino muy despacio,
que no es una cosa mesma
diagolar con los Abates,
que con Beatrices y Petras.
Abat. Si no fuese estos demontres *ap.*
de Oficiales, no hubiera
en Madrid quien nos pudiese
disputar la preferencia.
Salen el Abogado y Mayorazgo.
Abog. No seais corto: bien podeis
entrar aquí con franqueza.
Sale el Pag. Señoras, aquestos dos
señores piden licencia
para entrar.
Beat. A buen hora,
despues que han entrado, bestia.
Pet. ¡Señor D. Leopoldo!
Abog. Amigas,
aunque con la contingencia
de hacer falta á una junta
sobre un asunto de mesta
que tengo esta noche, vengo
con la semitoga acuestas,
á saber si vuestro aviso
procede de alguna urgencia
de chisme con las vecinas,
crédito cumplido, deuda,
ó pleyto matrimonial,
en que mi dictámen pueda
contribuir al felice
éxito de la sentencia.
Beat. No señor, no es cosa que
le rompa á usted la cabeza
en este dia: siéntese.
Abog. Y de camino os presenta
mi confianza este amigo,
que viene por la primera
vez á Madrid, de Castilla.
Abat. ¿De qué Castilla?
Abog. La Vieja,
donde posee un mayorazgo
de diez mil pesos de renta.

Las 2. Que sea muy bien venido.
Beat. Aquí tiene usted silleta.
Pet. Y aquí tambien.
May. Yo, señoras,
estimo tanta fineza,
aunque debo atribuirla
solo á quien me recomienda.
Beat. Es D. Leopoldo muy dueño
de esta casa; mas las prendas
de usted le hacen apreciable
siempre de todas maneras.
Abog. Quando traen mucho dinero, *ap.*
y tienen buena presencia.
Ofic. Caballerito, aquí en medio
os padeis sentar.
May. No, eso no es
razon.
Ofic. Sí lo es, que el mejor
lugar al huésped se ceda.
May. Y que el huésped no lo admita,
á no ser por obediencia.
Beat Pues yo lo mando.
May. A ese imperio
todo el mundo se sujeta. *siéntase.*
Abog. ¿Por qué cede usted la silla?
Ofic Hombre, la gente de guerra
no es ambiciosa; ademas,
que diez mil pesos de renta
son respetables.
Abog. Mañana
puedo yo tener prebenda
que me valga veinte mil.
Ofic. Eso será por la Iglesia.
Abog. Naturalmente.
Ofic ¿Y tendreis
al mismo tiempo licencia
de casaros?
Abog. No es posible.
Ofic. Pues quien de ese modo piensa
(como pienso yo igualmente)
en el trato de solteras
debe portarse con mucha
discrecion, y gran conciencia,
para que sobre nosotros
nunca funden sus ideas,
y busquen por otro lado
las pobres su conveniencia.
Abog. Con que, vaya, ¿qué se ofrece?
Pet. Callen ustedes, y atiendan,
hablaremos.
Ofic. Punto en boca.
Abog. ¿Se establecen asambleas,
ó tertulias?
Beat. Sí señor,
desde aquí á carnestolendas
pensamos en divertirnos.
Abog. Supongo que será de ellas
vuestra amiga Doña Laura.
Abat. ¡Qué gana de conocerla
tengo!
Abog. Gran mérito tiene.
Ofic. Pues si le tiene, que venga,
que aquí le haremos justicia.
Beat. Pero, amigos, es muy seria;
pues como se aplican otras
á bordar, ó hacer calceta,
esta siempre está estudiando
en prevenir las defensas
contra hombres de todas clases;
cuya continua tarea
la ha puesto casi en estado
de que á todos aborrezca.
Abat. ¿Y que ha hecho estudio formal?
Pet. Sí señor, como que lleva,
para el caso que le ocurra,
su libro en la faltriquera.
May. Pues ese es raro capricho.
Ofic. ¿Qué apostamos á que quema
el libro, como tres noches
á nuestra tertulia venga?
Abat. Eso bien podrá ser, como
yo la tome por mi cuenta.
Abog. En asuntos de opinion,
aténgome á la experiencia

y práctica de un letrado,
que á toda razon diversa
sabrá poner la contraria,
y á cada prueba otra prueba.

May. Sin embargo, puede ser
que mejor la convenciera
un buen mozo; yo me acuerdo
de una dama de Palencia
así, que yo traté::-

Ofic. ¿Y qué?

May. Se hizo entrar por carrera,
que hay quien nació á dominar
las damas, y las estrellas.

Ofic. Por eso que á mí unas y otras
me dominan, de manera,
que mas me maltratan, quando
mas hago por complacerlas.

Pet. ¿Qué va que ninguno á Laura
es posible que convenza
de los quatro?

Abog. Caballeros,
apuéstense tres meriendas
entre los tres desairados,
en caso que uno la pueda
reducir á que le admita
por cortejo.

Los 3. En hora buena.

Sale el Page. Señoras, coche ha parado.

Pet. Sin duda que será ella: *vase.*
baxa á alumbrar.

Ofic. Pues nosotros
vámonos por la otra puerta,
y cada uno de por sí
irá entrando con su arenga
á su tiempo.

Los 3. Me conformo.

Pet. Pues váyanse ustedes, que entran.

Abog. Hasta despues, señoritas:
ustedes no la prevengan
nada de esto, y disimulen. *vanse.*

Beat. Id, que en buenas manos queda
el pandero.

Pet. Me alegrara
que burlara su soberbia
alguno.

Beat. De todos modos
la diversion será nuestra.

Sele Doña Laura con cabriolé, basquiña ó brial, y delantal de bolsillos.

Laur. Amiguitas, no he podido
venir antes.

Beat. ¿Donde queda
tu padre?

Laur. Despues vendrá,
que de camino aquí cerca
va á visitar á su amigo.

Pet. Tú, cada dia mas bella.

Laur. Para serviros.

Beat. ¿Y sigues
siempre en el propio sistema
de aborrecer á los hombres?

Laur. Te aseguro, que me apestan
cada dia mas; y aunque
trato con indiferencia
á algunos, porque es preciso,
y á otros porque me diviertan
un rato con sus bobadas,
en llegando á la materia
de cortejo ó de marido,
me pongo como una fiera.

Pet. ¿Y por qué?

Laur. Porque no hay uno
que nuestro favor merezca,
ni al fin que le solicite
sin una intencion perversa.

Pet. Pues mira que á la tertulia
vendrán hombres.

Laur. Norabuena,
que no me opongo, con tal
de que á mí no se me atrevan;
y si vienen, los iré
despachando como vengan.

Sale el Page. El señor D. Anacleto.

Beat. Dile ¿que por qué no entra?
Sale el Abate. Porque es estilo comun
de todas las asambleas
civiles y literarias
de las Cortes, que preceda
aviso á la introduccion
de la persona que llega.
Beat. ¡Qué política tan fina!
Pet. ¡Qué discrecion!
Laur. ¡Qué fachenda!
Beat. Sentaos.
Laur. Elegid asiento *desviándose.*
mejor.
Abat. Señorita, es fuerza
buscar el calor del sol
en una estacion tan fresca.
Pet. ¿Qué vas á sacar?
Laur. El libro.
Abates, folio quarenta.
Abat. ¿Quién es el autor?
Laur. Un duende:
escuche usted la respuesta.
Lee. La que gustare de Abates,
viuda, casada ó soltera,
verá que al cabo del año
nunca le saldrá la cuenta
con su quietud, su marido,
ó el novio que la pretenda;
pues son los nudos que el hilo
de la sociedad enredan,
y por ellos han perdido
el cabo muchas madexas.
Abat. ¿Por qué?
Laur. Ya lo dice el libro,
y basta que yo lo sepa.
Abat. Estaba por delatarle. *se levanta.*
Pet. No se sofoque usté, y venga
á este lado.
Abat. Deme usted
su abanico, Doña Petra.
Sale el Page. Don Leopoldo.
Sale el Abogado. A vuestros pies
con todas sus reverencias
está un Letrado, señoras.
Laur. Mire usted que yo soy lega,
y parecerán mal juntas
la necedad y la ciencia.
Abog. Distingo.
Laur. No hay distincion
que valga: usted no me sea
pesado, señor: no gusto
de gente de ropa negra.
Abog. ¿Puede haber razon?
Laur. Mi libro
la trae al pie de la letra.
Todos los hombres que siguen
las literarias carreras,
deben ser menospreciados
de las muchachas discretas,
porque, si son aplicados,
siempre están con sus ideas
distraidos; y sino,
son necios de quatro suelas;
si maridos, muy celosos;
miserables, si cortejan;
y toda la vida llenos
de aprensiones y postemas,
con que no mueren, y matan
á cortejos y parientas.
Abog. Señora, ese libro miente,
y dice mil desvergüenzas:
quémele usted.
Laur. En eso estoy. *le guarda.*
Pet. Calle usted, no se enfurezca.
Abat. En sitio que yo he dexado,
¿qué guapo podrá tenderla?
Sale May. ¡Si llegaré á tiempo! lindo.
Beat. No se pare usté á la puerta,
caballero.
May. Siempre fuí
muy corto con las bellezas;
y mas donde forastero,
no sé que albergue me espera.
Abog. Caballeros tan ilustres

con diez mil pesos de renta
como vos, á todas partes
como naturales llegan.
Démosla por aquí, á ver *ap.*
si tambien le menosprecia.
May. Pues en esta confianza,
me tomaré esta licencia.
Laur. Aguarde usté, á ver que dice
mi libro en esta materia.
Lee. Caballeros forasteros:
¿de qué ciudad?
May. De Palencia
quando menos, y yo soy
Regidor perpetuo de ella::-
Laur. Basta, basta: folio quince.
Abat. Dios ponga tiento en tu lengua.
Laur. Niña, con caballeritos
de provincia, jamás pierdas
el tiempo y las esperanzas,
pues al ajustar las cuentas,
suelen salir fantasías
sus blasones y riquezas;
y si resuelves tratarlos,
hazte cargo que te empeñas
en domar potros, que luego
te tiren por las orejas.
Repres. ¡Fuego de Dios! eche usted,
amigo, por la otra cera.
May. Señora, no echaré tal.
Abog. Animo.
May. ¿Qué se dixera
de mí? soy hombre de honor,
y tengo una sala llena
de quadros de abuelos mios,
que supieron en la guerra,
y en la paz, hacer conquistas
mayores:
Sale el Ofic. ¿Qué bulla es esta?
May. Un vaso de agua: estos lances
deben tomarse de veras.
Ofic. ¡Qué diantres! todos ustedes
tienen cara de quaresma.
Abat. Veremos la que usté tiene
de aquí á un rato, si se acerca
á esa dama.
Ofic. ¿Y por qué no?
¿hay alguien, que por directa
ó indirecta posesion,
disputarme el lado pueda?
Laur. No señor.
Ofic. Hablemos claro, *siéntase*
madama, que la cabeza
de un Oficial no se debe
exponer por bagatelas,
y que haga falta á su patria,
ó á su rey quando se ofrezca.
Laur. Si usted no quiere disgustos,
no se acerque.
Ofic. ¿Por qué, perla?
Laur. Porque tengo yo un librito,
que á todos los descontenta.
Ofic. ¿A verle?
Laur. Aquí está.
Ofic. ¿Y qué dice
sobre la gente de guerra?
Laur. Poco, y bueno.
Ofic. Así ha de ser,
que mucho y malo molesta.
Laur. Dice así: A los militares *lee.*
trátalos, y no los creas;
nunca te empeñes con ellos,
ni llores quando se ausentan,
pues ves que siempre danzando
al ayre del tambor entran,
y salen de cada pueblo
con las caras tan risueñas
y tan libres, como si
en toda su vida hubieran
dicho ó hecho una expresion,
que les cargue la conciencia
ó la memoria; y entre ellos
hay hombre, que anda la rueda
tres veces á todo el reyno,
y á todas sus petimetras,

sin que se les pegue nada
quando las toma ó las dexa.
Abog. ¿Qué tal, señor Oficial?
Ofic. Dice bien: bendito sea
el libro, quien lo escribió,
y la dama que lo lleva:
¿tiene usté el tomo segundo
de esa obra?
Laur. No se encuentra.
Ofic. ¿Cómo que no, si le traygo
yo siempre en mi faltriquera?
Tod. A ver.
Laur. ¿Cómo se titula?
Ofic. Reservas contra reservas, *lee.*
ó pequeñas ordenanzas,
que los Oficiales deban
guardar en las guarniciones,
con las mozas, con las viejas,
con las ricas, con las pobres,
las hermosas y las feas.
Laur. ¿Ordenanzas para eso?
Ofic. ¡O señora! son muy serias
las cosas entre nosotros,
y todas tienen su regla.
Abat. ¿Hasta el cortejar?
Ofic. Y cómo
que es la mejor que se observa:
verbi gracia, en este caso
presente, ¿cómo me viera
yo, si no hubiese ordenanza
que la salida prevenga?
Tod. ¿Y qué dice?
Ofic. Voy allá. *lee.*
Ilustres, ricas y bellas.
¿Qué edad teneis?
Beat. Quince años.
Laur. Y medio, por lo que es cuenta.
Ofic. ¿Qué circunstancias? el caso
es bien raro: folio treinta.
Lee Los méritos superiores
requieren grande prudencia,
y mas en aquella edad,
que el corazon y potencias
de las damas tambien hacen
sobre derecha é izquierda
su exercicio; por lo que
ningun Oficial se atreva
á empeñarse en estos casos,
sino al son de la retreta
busque alojamiento donde
haya menos contingencias;
pues soldado y nadador,
deben de tener gran cuenta
en sacar la ropa libre,
ya que el cuerpo se humedezca.
Levántase.
A los pies de usted, señora,
que esto no me tiene cuenta.
Laur. Ni á mí tampoco.
Ofic. Con eso
no tendrá ninguno queja.
Laur. Cierto, que en esta tertulia
son las gentes muy atentas,
que obsequian á las de casa,
y desayran las de fuera.
Beat. ¿Y quién se tiene la culpa?
si tú á todos los desprecias.
Laur. A Dios.
Pet. ¿Donde vas?
Laur. A casa.
Beat. ¿Antes que tu padre venga?
Laur. Sí: yo me entiendo.
Los 4. Señora::-
Sale D. Patricio.
Pat. Aun no son las nueve y media:
¿donde van ustedes?
Beat. Laura,
parece que está indispuesta.
Laur. No estoy sino hecha un veneno.
Pat. ¿Pues por qué no te aprovechas
del libro?
Laur. Guárdele usted *se lo da.*
para empapelar ciruelas;
pues ¿qué importan sus lecciones,

si no hay en alguna de ellas
doctrina para escusar
el desayre y la violencia
con que está una muger sola
en qualesqúiera asamblea,
donde tienen las demas
los rendidos á docenas?

Ofic. Dice bien: (paciencia, libro)
y usted como no pretenda
mas que obsequios y parolas,
ríome de contingencias.

Laur. No señor, que soy muy niña,
y no pueden mis potencias
ni mi corazon fixarse:
aguárdese pues que crezca,
y madure.

Ofic. Sí, que entonces
será para mí la pera.

Pat. ¿No se puede componer
de modo que se diviertan
todos, con todos?

May. Así
lo estilamos en Palencia:
se junta una gran visita,
unos leen la gaceta,
otro cuenta un cuento, otro
canta, y otro representa.

Pat. Eso es lo mejor.

Beat. Pues vaya,
Laura mia, estate quieta,
y cantemos, ó baylemos.

Laur. No hay alguna que se avenga
á todo mas fácilmente.

Ofic. Pues celébrese la fiesta.

Tod. Pidiendo todos rendidos
perdon de las faltas nuestras.

FIN.